ALFONSO REYES

Escribe: JORGE ENRIQUE LEAL G.

Nos hallábamos en Méjico en 1953 cuando, con oportunidad de unas circunstanciales estrofas nuestras, se suscitó una animada controversia que encontró eco en los periódicos de Colombia, acerca del correcto uso de una expresión utilizada en alguno de los versos; fue grande nuestra preocupación y, si bien a la luz de la más exigente ortodoxia sintáctica, nos parecía que la verdad nos acompañaba, no nos dimos tregua en el afán de convicción y fue así como en amenas e instructivas conversaciones con Laura Victoria, con Julián Motta Salas y con Alfonso Reyes, comprobamos hasta la saciedad que la razón estaba de nuestra parte.

La reciente y sensible desaparición del patriarca de las letras mejicanas, nos avivó el recuerdo de varias charlas inolvidables con él y nos confirmó en la seguridad de que el mundo literario hispanoamericano había perdido a uno de sus valores sobresalientes.

No pretendemos en esta ligera nota referirnos a los escritos todos del polígrafo portentoso; de sus innumerables facetas intentamos relevar la obra poética, quizá menos nombrada, no porque carezca de excepcional importancia, sino porque sus creaciones en prosa son a manera de un formidable alud que la ahogan.

Ni vamos a sostener que sus temas, o la peculiar manera de verterlos al ánfora de las estrofas, o la exquisita sensibilidad que les da vida, o la novedad exultante de las imágenes hayan marcado una honda huella en la lírica, no ya hispanoamericana pero ni siquiera en la meramente mejicana: Salvador Díaz Mirón, Enrique González Martínez, Ramón López Ve-

larde, Luis G. Urbina, Amado Nervo, Francisco A. de Ycaza y José Joaquín Tablada, entre muchos más, son hitos perdurables en esa historia de luz y de sombra, de hondura interior y de elación mística que bulle en los versos de todos los poetas de la pujante tierra del Anáhuac.

Alfonso Reyes, un humanista que en muchos de sus aspectos nos recuerda al Menéndez y Pelayo español o al Antonio Gómez Restrepo colombiano, como ellos supo hacer fluir por entre cauces nada tortuosos ni complicados el agua mansa y clara de una inspiración contenida y ajustada siempre a las más imperiosas normas de los modelos clásicos que, sin ser fría, casi nos atreveríamos a tildar de un poco convencional y académica; nos referimos, claro está, al Reyes de la madurez intelectual y no al fogoso paladín que hizo sus primeras armas en el aguerrido grupo de "El Ateneo"; sus libros iniciales "Huellas", "Pausa" y "Romances del río de enero", compendian la modalidad de su musa a la vez elegante y sencilla, transparente y delicada: la tierra, el amor, la amistad y la lejana Grecia con sus diosas blancas y sus faunos barbudos, con sus mármoles pentélicos y sus colinas inspiradas, he ahí los temas en que su fresca inspiración se solaza y en los cuales se advierten, sin mayor esfuerzo, las influencias de los autores que más contribuyeron a depurar su gusto.

Luego de explicables titubeos iniciales, las raíces de su estética se nutren en el venero de los clásicos españoles, con visibles preferencias por Góngora; extraen sutiles esencias de la pléyade de parnasianos franceses y encuentran en los simbolistas una cantera inexhausta de sugerencias y de músicas recónditas; Stéphane Mallarmé, entonces, con sus imágenes elaboradas y sutiles, con sus versos depurados y espléndidos, con sus palabras evocadoras y sugerentes vaga como una sombra por los alumbramientos del atildado poeta de Monterrey; ni falta en ellos el culto obligado que los escritores americanos debían al inmenso Rubén Darío, el padre del modernismo y el primer sacerdote de la belleza entre nosotros.

Alfonso Reyes, en suma, descuella por derecho propio entre los portaliras del 1910 a nuestros días; supo cantar inquietudes universales sin caer en el vulgar prosaísmo y dentro de las naturales concesiones a las escuelas en boga, pudo, como el calidoscopio, sugerir lontananzas de inusitada belleza, con el mínimo de complicados afeites.

A la par con su rabioso orgullo por todo lo auténticamente mejicano, resaltan la pulcritud y la notable facilidad de sus cantos, cualidades que se compendian de manera admirable en este:

RIO DE ENERO

I

*Va tejiendo el emparrado,
espada de lanzadera,
enramada, corretona
luna de Santa Teresa.*

*Entre pestañas prendidos,
mientras huyen en pavesas,
presos y libres los ojos
convidan paz y dan guerra.*

*Y tiembla un negrito enjuto
y en su guitarra se enreda,
novio en fuga que se abraza
con una mujer pequeña.*

*Mujer trabada en la hora,
libre aunque se da, y ajena.
¡Cómo todo fluye, y todo
se va de donde se queda!*

*De las copas de las flores
escurren gotas de esencia:
a la vez que se consume,
otra vez todo comienza.*

*Abajo se escapa el mar
en la misma luz que entrega,
y aunque se escapa, no sale
de las manos de la tierra.*

*Pasa el jinete del aire
montado en su yegua fresca,
y no pasa: está en la sombra
repicando sus espuelas.*

*¡Eso que anda por la vida
y hace como que se aleja!
¡Eso de ir y venir, eso
de huir y quedarse cerca!*

*¡Eso de estar junto a mí,
y hace años que estaba muerta!
¡Eso de engañar a todos
como Zenón con su flecha!*

*Se enlaza el tiempo en la voz:
la canción tiene pereza.
Con ágiles pies los ángeles
se dejan venir a tierra.*

*Voladora y quieta luna,
garza de sí misma presa,
entre arabescos de hojas
va y no va, rueda y no rueda.*

II

*Mentía con las ojeras
escarbadas de calor,
atajando con los ojos
como con un resplandor.*

*Si en la cosquilla del habla
era toda insinuación,
la voluntad no seguía
las promesas de la voz.*

*La mano se le olvidaba
entre la conversación,
pero volvía por ella:
no se le olvidaba, no.*

*Le reventaba en el seno
cada estrujado botón,
escondiendo y ostentando
a cada lado un limón.*

*Era por medio diciembre,
cuando pesa más el sol,
y de repente la brisa
se metía de rondón.*

*De sonajas de cigarras
todo el aire era un temblor
y en las pausas de silencio
el silencio era mayor.*

*La tierra juntaba mieles
en mansa fecundación.
Lenta y abundante vida
latía sin expresión.*

*Adiviné que las aves
no acababan la canción,
en lo mismo que ensartaban
una y una y otra voz.*

*Adiviné que las nubes
erraban sin dirección;
adiviné que las cosas
arrepienten su intención.*

*Que también la audacia roja
pára en el rojo rubor,
y que en la naturaleza
es casta la tentación.*

*Hallo que ahora la gozo
y la rodeo mejor:
la miro, y la deajo hablar,
sin prisa y sin dilación.*

A la tumba de Alfonso Reyes, señor de bondad inagotable y de corazón universal, a menudo volveremos los ojos quienes buscamos un destello que nos ilumine los impalpables senderos de la emoción estética.